



**Eliodoro Allián.** Desde Su Bolivia natal, dicho así, con mayúscula, Eliodoro Allián, un buen día, apareció por las calles de Quito. Traía toda su humanidad al hombro. En sus ojos ávidos y trashumanantes se extendía la puna, al agua enamorada del Beni y Mamoré, el Illampu, los metales dormidos en el intestino de la tierra. El carbón encendido de su sangre se volcaba hacia fuera en combatividad, en acción solidaria con el hombre, en rabia purificadora contra los que revientan a los desposeídos bajos las pezuñas del mastodonte del poder y el dinero. Cuando Eliodoro se ponía triste le sudaba Bolivia en todo el cuerpo y en su voz se iba filtrando una especie de charango pequeño. Eliodoro, periodista, pintor, mecenas, hombre de barro y de gavilota, amigo a todo dar, soñador, hermano y, para completar, poeta, esencialmente poeta. ¿Qué sería de la vida sin la poesía?

## País del Hombre

Yo sé de un país donde no existe ni el odio de Dios sobre los hombres, ni el grito del hombre desgarrando el frío silencio de los dioses.

Yo sé de un país donde el hombre en vez de volver los ojos al cielo, los vuela en la tierra negra donde frutece la espiga.

Aquí está el himno sagrado del hombre sobre sus mares y senderos, sobre sus ríos de luz que se escurren como risa de Dios sobre la tierra.

Yo sé de un país donde el verano se revuelca en el surco y el arado. Un pedazo de tierra en las manos y otro tanto de cielo en los ojos.

Aquí los niños saben a trigo y a caña, y ríen juegan y lloran... y son al alba como una madrugada de gavilas.

Yo sé de un país donde las manos no ruedan de puerta en puerta, porque todas las puertas son una y todas las manos son llenas.

Yo salgo, amigos, al encuentro de este mundo cristalino.

Patria mía  
lo mismo que tuya  
y de todos,  
porque no tiene barreras  
la grandeza de la tierra.

## Pido la palabra

1

Ciudadanos del mundo:  
en nombre de mi patria,  
pido la palabra.  
En nombre de mi pueblo,  
sencillo como el agua de la acequia,  
pido la palabra.

En mi pequeña morada  
comenzó la patria.  
Allí todos gritaban en las noches,  
cuando el puño del alcohol  
caía sobre el rostro de mi madre.  
Recuerdo la sangre y los nervios,  
los nervios en angustia,  
¡de alambres apresados!  
En las noches hondas,  
pobladas de llanto  
y el miedo de los pequeñitos,  
allá,  
en la esquina más dolorosa de mi sangre,  
comenzó la patria.

2

La escuela vino después.  
También la patria estaba allí  
avergonzada, humillada,  
ocultando en los rincones más apartados

sus pies descalzos.  
Y la patria me miraba acongojada  
desde mis propias pupilas nubladas,  
desde mis manos vacías  
y mis sueños enturbados.

A mí me mostraron la escuela  
poblada de azules campanas  
y la patria  
cujada de campos abiertos,  
pero mi patria  
gemía a cuatro mil metros  
sobre el nivel del hambre.  
Hombres que crecían  
como piedras paridas por la montaña,  
desnudos y fríos, como peces muertos—,  
moviéndose apenas,  
llevando a cuestas su grito trancado  
como una roca clavada en lo más hondo,  
en lo más duro de la tierra.

No, señores,  
la patria no era solamente  
la escuela poblada de azules campanas,  
ni la tierra salpicada de lagos felices.  
No era solamente  
los montes incrustados de cielo,  
ni los desfiles en los días de fiesta;  
era también la impotencia del hombre  
cuando el pan se convierte en gemido  
detrás de las puertas;  
era la muchacha  
que buscaba su vestido dominguero  
en la esquina de la noche;  
eran las manos crispadas en los mercados  
y el llanto extendido en las estaciones....

3

Mi padre borracho  
era la patria que posaba sobre mis pupilas,  
sobre mis labios,  
sobre mis zapatos rotos,  
y con esta patria a cuadras  
yo asistía a la escuela.

La maestra  
me mostraba siempre una patria  
y un cielo  
a los que nunca pude comprender.  
Una patria con héroes,  
con cerros de plata,  
con tierras llenas de árboles frutales.  
Pero yo tenía que regresar  
a mi casa en las noches,  
y allí estaba la patria:  
en el pan para dos  
que nunca satisfacía a cuatro;  
en las pupilas de mi padre  
abiertas como dos diablos encendidos  
en medio de los niños.  
No, señores.  
La patria no sólo está en los salones  
y los discursos de los presidentes;  
ni siquiera  
en la bandera y sus colores.  
Yo encontré a la patria  
botada en mitad de las calles,  
mientras la lluvia  
cercañaba sus carnes.  
Yo la vi  
desgarrarse por coger un pedazo de carne  
y otro poco de pan,  
y lloré su tragedia,  
¡porque teniendo hambre  
se comió su libertad!

Y me dijiste a mí,  
ahora,  
¡me dijiste!  
Yo vi a mi patria  
en todos sus confines;  
la sentí

como un garro clavado en mitad de mi angustia;  
la llevé  
como lúica de Neso por todos mis caminos;  
la sentí  
como el peso de Dios sobre el pocado,  
y busqué su voz para multiplicarla  
sobre las campanas del tiempo.

4

Yo vengo  
en nombre del obrero  
y sus overoles manchados;  
en nombre de mi padre  
y su vicio pagado con la desnudez de sus hijos;  
en nombre de mi madre  
y su voz callada;  
en nombre de los niños  
yo vengo;  
en nombre de mi patria  
estrujada por manos sin salario.

Yo no vengo a pedirles nada,  
nada que les pertenezca.  
Mi pueblo quiere su paz,  
quiere su barco  
para recoger de playas lejanas  
un canto de gavilas nuevas,  
quiere sembrar su trigo  
y levantar sus fábricas;  
quiere que sus niños rían,  
jueguen y salpiquen los campos  
como las gotas del rocío al alba;  
quiero que todos crezcan  
a lo largo de los ríos como el trigo,  
y que todos se hinchen de sol y de lluvia  
como las uvas  
en la cuenca dilatada de los valles.

En nombre de mi pueblo  
humilde como la hierba,  
sencillo como el agua de la acequia,  
ciudadanos del mundo:  
¡pido la palabra!

Pequeños versos al aire

Es verdad,  
ores la luz.

De él emergían las cosas,  
y la vida, con sus pétalos,  
caminaba  
cantando por las calles.

...

Esta niña que nace  
cuando la vida empieza a morir.  
Es como la espuma que persiste,  
cuando la noche se adentra  
lojos del tiempo.

Hoy toco tu mano  
por última vez.  
Hoy me miro en tus ojos  
sabiendo que se van  
para siempre.  
Hoy me voy de ti,  
me voy de tu pie,  
de su último fulgor.

Te amo por última vez,  
lú no lo sabes,  
yo lo sé, por última vez  
...

Mientras duermes  
te aprieto contra mi pecho.  
¡Me falta cuerpo,  
me falta alma  
para contener tanta vida!

Hoy el cielo no sé por qué  
lleva el ceño fruncido.